

---

# FUNCIONALISMO Y PARADIGMAS SOCIOLOGICOS. ANOTACIONES CRÍTICAS A UN LIBRO DE JACQUES COENEN-HUTHER \*

Luis Enrique Alonso

---

Desde la salida de la Segunda Guerra Mundial hasta casi finales de los años sesenta, las escuelas funcionalistas mantuvieron una innegable hegemonía sobre el panorama sociológico internacional, hasta tal punto que para muchos el funcionalismo llegó a ser *la* sociología. La turbulenta década de los sesenta —con sus protestas, revueltas, nuevos movimientos sociales y culturales, y, en suma, con sus conflictos nacionales e internacionales, políticos y cotidianos— hizo tambalearse a ese edificio otrora tan sólido y poderoso y que tanto primaba los intereses comunes de los miembros de cualquier sociedad, los mecanismos que aseguran una determinada solidaridad, el consenso y el orden, propagando con ello la imagen del funcionamiento de la sociedad como un sistema armónico integrado.

Posteriormente, un nada despreciable número de sociólogos, tanto desde dentro (esto es, procedentes de la propia tradición funcionalista) como desde fuera (autores instalados en corrientes de pensamiento ajenas al funcionalismo y, principalmente, en un renovado marxismo heterodoxo), se dedicaron a dinamitar ese edificio ya inseguro, provocando de esa manera un derrumbe tan estrepitoso y efectivo que ni tan siquiera las voces respetables y poderosas que se alzaron en su defensa airada alcanzaron la resonancia esperada

---

\* Jacques COENEN-HUTHER, *Le fonctionnalisme en sociologie: et après?*, Bruselas, Editions de l'Université de Bruxelles, 1984.

---

(recuérdese, por ejemplo, la serie de acusaciones encabezadas por Seymour Martin Lipset contra Alvin Gouldner, y en general contra toda la «sociología radical»).

Asistimos, por tanto, a la crisis de la sociología «occidental», muy cerca, y no por casualidad, de una profunda crisis cíclica de capitalismo; crisis que dejaba en difícil situación a las teorías sociales dominantes desde el funcionalismo hasta la teoría económica keynesiana. Pero esto sólo era el principio; un poco más tarde, y como consecuencia de la imposibilidad no ya de dar una salida a la crisis, sino «simplemente» de dar una explicación coherente de todas las contradicciones que tal crisis añadía al ya de por sí complejo marco que imponía la sociedad industrial avanzada, vimos anunciada, también entonces, la crisis de la sociología «radical»; la crisis de una, así denominada por algunos, «sociología marxista»; la, terminológicamente más correcta, crisis del marxismo, y, por este camino, un largo etcétera de crisis teóricas que acababan, ya puestos, con la crisis de la mismísima sociología.

Pero hasta este estado de crisis, tan debatido a principios y mediados de los años setenta, se ve abocado a su propia crisis, y a partir de los años ochenta, en esta postcrisis dura y desalentadora que en todos los órdenes de nuestra existencia experimentamos, la sociología entra en un extraño momento donde un peculiar y vergonzante «todo vale» —en el que todavía algunas cosas, las de siempre, valen más y son mejor miradas que otras, pero ya sin exhibir la prepotencia de antaño— que poco tiene que ver con aquel anarquismo metodológico que proponía ese vigoroso «comecientíficos» que es Paul Feyerabend como la vía del conocimiento para el hombre libre y, sin embargo, está bastante conectado con la pertinaz sequía teórica que asola a la producción sociológica y a la forma académica de paliarla en los últimos tiempos. Tiempos en los que hemos conocido síntesis de todo tipo, búsquedas desesperadas de nuevos paradigmas, o mejor dicho *del nuevo paradigma*, difíciles reconciliaciones teóricas en eclecticismos no muy claros y otras múltiples muestras de lo que por unos —los más pesimistas— es considerado la desorientación, pérdida de rumbo, desintegración o incluso el fin de la sociología, y para otros más optimistas su esperanzadora renovación libre de monopolios intelectuales.

\* \* \*

En este contexto nos llega ahora un libro que plantea todas estas cuestiones de manera monográfica. Se trata de la versión resumida de una importante tesis doctoral presentada hace pocos años por un ya maduro y experimentado sociólogo belga, Jacques Coenen-Huther, con un amplio currículum como investigador, profesor y consultor de diversas instituciones, entre las que cabe destacar el Consejo de Europa. Esta obra puede que no resulte en exceso novedosa para el lector español atento a la literatura que circula en nuestro país sobre teoría sociológica, pero ello no es óbice para que se

nos presente en ella una magnífica guía para adentrarnos en un estudio serio y profundo de los orígenes, desarrollo y crisis de la aplicación de la llamada metodología funcionalista a la sociología, al mismo tiempo que nos encontramos con un buen número de reflexiones importantes sobre temas polémicos y delicados que se presentan a debate en la sociología de hoy.

Coenen-Huther comienza haciendo un completo, aunque conocido, repaso por las generalidades al uso en el vocabulario funcionalista para entrar pronto de lleno en uno de los puntos centrales en su argumentación; es aquel que trata de las relaciones entre funcionalismo y causalidad, partiendo de una caracterización amplia, quizá demasiado amplia, del funcionalismo:

«El funcionalismo se ha desarrollado en reacción contra la manera de razonar tradicional en términos de causas y efectos. A este respecto, es un producto típico de una fase nueva de la historia del pensamiento científico donde se tiende a razonar más en términos de variables dependientes o independientes que en términos de causalidad clásica. Poniendo el acento sobre la interdependencia de fenómenos en el seno de sistemas, la aproximación funcionalista se separa del análisis causal. La sociología funcionalista se interesa más por las interrelaciones que por el sentido de las relaciones. Por tanto, ante todo, su atención sobre el funcionamiento de los elementos sistémicos se dirige a poner en evidencia las dependencias recíprocas, teniendo la tendencia a relegar el origen de los fenómenos del mismo modo que en el cuento del huevo y la gallina» (p. 16).

Una vez hecha esta caracterización, el autor irá desentrañando con habilidad y cuidadosamente sus implicaciones profundas: el hecho de que al utilizar razonamientos funcionalistas se está suponiendo, implícita o explícitamente, consciente o inconscientemente, una finalidad sistemática; el que todo elemento se estudia según sus correlaciones y su adaptación al sistema general de referencia; la inclinación derivada de este tipo de análisis de contemplar los hechos sociales desde una perspectiva sincrónica, desinteresándose por su génesis y evolución histórica, etc. Buscándose, seguidamente, los orígenes y desarrollo del funcionalismo como tradición sociológica, haciendo un repaso por lo que son sus fuentes más comúnmente reconocidas: el organicismo positivista, la antropología de Malinowski y Radcliffe-Brown, las personales aportaciones de Merton y el estructural-funcionalismo de Parsons. La conclusión de este periplo bien ejecutado no por coincidir con lo que ya han apuntado autores anteriores deja de ser correcta y bien formulada:

«Las dos versiones del funcionalismo sociológico moderno —el funcionalismo mertoniano y el estructural-funcionalismo parsoniano— han dominado la sociología americana hasta los años sesenta. Así, se han

propagado dos versiones distintas, pero complementarias, de la noción de función como útil conceptual. Las dos ayudan a dar cuenta de la interdependencia de los hechos y de la imposibilidad de concurrencia de ciertos hechos. Estas dos variantes del funcionalismo beben en las fuentes europeas de la sociología. El avance de las ideas parece bastante claro. Desde Augusto Comte y Herbert Spencer, pasa por Tönnies y Durkheim, absorbiendo la aportación original de Pareto, alcanza la comunidad científica americana por el desvío de la etnología británica. A este respecto, el funcionalismo mertoniano se desarrolla más en el diálogo con Malinowski, mientras que el estructural-funcionalismo de Parsons tiene más afinidades con la obra de Radcliffe-Brown. Las potentes síntesis, elaboradas por la sociología americana a partir de la herencia europea, retornan hacia Europa, donde ejercerán de regreso un choque sobre la sociología moderna marcando un impacto profundo» (p. 48).

Pero donde residen los principales argumentos del libro, argumentos que luego articularán todo el discurso posterior del autor, es en el capítulo dedicado al funcionalismo y los paradigmas sociológicos. Coenen-Huther, partiendo del conocidísimo, ya casi manido, análisis de Thomas S. Kuhn y difiriendo de las aplicaciones más conocidas que el concepto de paradigma ha tenido en sociología —recordamos, por ejemplo, las de Friedrich, Bottomore o Efrat—, aunque coincidiendo parcialmente con la obra de Ritzer, diseña un modelo interpretativo con dos paradigmas paralelos y en muchos casos enfrentados: por un lado, el paradigma de los *hechos sociales* y, por otro, el paradigma de la *acción social*.

El paradigma de los hechos sociales tendría su origen en el organicismo positivista, y su principal representante clásico en Durkheim; resumido al máximo —tal como lo obliga nuestro espacio—, sería aquel que, partiendo de razonamientos analítico-deductivos, consideraría al individuo como un producto acabado de la sociedad global, y los hechos sociales se expresarían de una forma independiente de los actores o/y de los investigadores participantes en ellos. Las prácticas sociológicas inducidas por este acercamiento serían, por lo tanto, más cuantitativas que cualitativas, más explicativas que comprensivas, más sincrónicas que diacrónicas, más «objetivas» que subjetivas, más macrosociológicas que microsociológicas, más consensuales que conflictivas, más centradas en el análisis de sistemas que de procesos, etc.:

«el funcionalismo aparece ligado a uno de los paradigmas actualmente en competencia. Este paradigma —que conviene llamarlo de los hechos sociales para marcar su filiación durkheimiana— procede de una lógica sistemática que puede ser opuesta a la lógica de la acción social en la línea weberiana» (p. 70).

Efectivamente, ésta será la segunda gran tradición que engendra, a su vez, el segundo gran paradigma denominado de la acción social. Aquí, como ha quedado dicho, el maestro fundador sería Max Weber y sus principales características estarían dispuestas de manera simétrica al paradigma enfrentado, de tal manera que en esta visión es el individuo el creador y portador del hecho social. La interpretación comprensiva de la realidad social como producto de interacciones personales múltiples es, pues, el eje de la práctica sociológica:

«El interés se desplaza de las instituciones y estructuras hacia los procesos de intersubjetividad y los actos resultantes. El individuo es central: su comportamiento es conceptualizado como el resultado de procesos de evaluación. Tres orientaciones principales pueden ser distinguidas en el seno de este paradigma: la teoría de la acción de Max Weber, que ha influenciado fuertemente a Parsons en la primera parte de su obra; el interaccionismo simbólico heredero de Cooley, Thomas y George Herbert Mead, y, finalmente, la sociología de orientación fenomenológica inspirada en la obra de Schütz» (p. 52).

Entre estos puntos paradigmáticos de referencia, Coenen-Huther sitúa posiciones intermedias que no pertenecen ni a una estricta tradición interpretativa, tal como anteriormente se ha definido, ni tampoco a la tradición positiva. Tanto la sociología de la acción de Touraine como la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, al tratar precisamente de superar la dicotomía entre individuo y sociedad, que es, en última instancia, lo que denotan los dos paradigmas enfrentados —ya sea mediante el concepto de «historicidad» y sujeto histórico en el sociólogo francés, ya sea a través de la aplicación del método dialéctico en los pensadores alemanes—, quedarían a mitad de camino entre los dos extremos. El marxismo, por su parte, al descomponerse en una surtida variedad de marxismos, fluctúa entre el marxismo objetivista, globalista e incluso funcional de sus corrientes más ortodoxas, y un marxismo más subjetivista y fenomenológico de sus autores más renovadores, de tal manera que si bien estos marxismos no pueden reducirse a la dicotomía básica entre paradigmas, sí que pueden encontrarse muchos rasgos de ella en el interior de la tradición del pensamiento marxista.

Otra vez de vuelta al ámbito restringido del funcionalismo nos encontramos con un análisis a fondo de sus conceptos claves, que en muchos casos acabarán convirtiéndose en palabras huecas claves —como enfatizará el propio autor más tarde—; así, vemos desfilar desde el término «función» —donde se nos hace una distinción muy pertinente entre el concepto de función *matemática*, que explica una relación de simple dependencia, y el de función en un sentido *biológico*, que expresa interdependencia y reciprocidad, sentido este último que anima el espíritu del funcionalismo sociológico— hasta los

conceptos de «sistema» y «estructura» en su *aceptación funcionalista*, y particularmente su diferente utilización en la obra de Merton y de Parsons. La revisión de este cuadro general de referencia servirá para introducirnos en otro de los apartados principales del trabajo aquí reseñado: aquel dedicado a los problemas suscitados por el acercamiento funcionalista a la realidad social.

En efecto, el capítulo que se dedica a las dificultades inducidas por el sistema conceptual funcionalista es uno de los más acabados e interesantes; en él se pondrá en claro cómo la finalidad sistemática que, explícita o implícitamente, reclama el análisis funcional, además de ser ficticia, tiende a generar proposiciones generalistas fundadas en regularidades estadísticas, despreciando la interpretación de las singularidades sociales en su dinámica. También se nos advierte de su carácter ahistórico —lógico si nos damos cuenta del sincronismo inmanente a su visión de la sociedad— y de la dificultad de conocer los grados reales de interdependencia en los sistemas, pues todos los sistemas no están igualmente integrados; así, mientras que la práctica funcionalista habitual tiende a postular la existencia —o no existencia— de una realidad social compleja como un sistema integrado, lo verdaderamente explicativo sería (según nuestro autor) observar el *grado de interdependencia* de los componentes en el sistema, ya que con ello desaparece la reciprocidad mecánica y aparecen las asimetrías sistémicas. Los riesgos de tautología y la escasa capacidad de formalizar en un análisis sociológico concreto la idea de una sociedad como un sistema de reproducción de normas y valores —y de la adaptación de los actores a ese código mediante su integración en un funcionamiento equilibrado— son otros de los problemas revisados concienzudamente en este epígrafe, que resume, y en muchos casos mejora, la mayor parte de las críticas principales que se han formulado hasta el momento a la sociología funcionalista desde la perspectiva de su coherencia interna y de la posibilidad de ser aplicada a usos empíricos particulares con resultados relevantes.

A continuación, Coenen-Huther llevará a cabo una evaluación sobre los puntos de divergencia y concurrencia del funcionalismo con otras tradiciones sociológicas. Después de recordarnos la posición del marxismo, y del propio Marx, entre los dos grandes paradigmas y rechazando el enfrentamiento marxismo-funcionalismo como enfrentamiento esencial en el devenir del pensamiento sociológico —prefiriendo reconducir el tema a la tensión fundamental entre la sociología de inspiración positiva y la sociología de carácter interpretativo—, se ocupará, primero, de las oposiciones, digamos, parciales dentro del propio paradigma de los hechos sociales, que son aquellas divergencias que surgen, por una parte, de la oposición consenso/conflicto (Dahrendorf) o de la integración consenso/conflicto (como ejemplo más representativo, Coser) y, por otra parte, de la oposición, también intraparadigma, entre lo sincrónico y lo diacrónico introducida por Norberto Elias —autor, dicho

sea de paso, escasa y desigualmente difundido en nuestro país, aunque ahora disponemos ya de traducciones de varias de sus obras— en sus estudios sobre los procesos de configuración y sociogénesis de los sistemas sociales. En el enfrentamiento directo y «externo» entre los dos grandes paradigmas vemos la oposición, y las compatibilidades cuando se estiman posibles, entre el funcionalismo y las escuelas más representativas del paradigma «rival» o de la acción social: el interaccionismo simbólico, la sociología fenomenológica y la etnometodología.

La síntesis de los dos paradigmas en disputa nuestro autor la busca en aportaciones teóricas bien conocidas: las concepciones de Berger y Luckmann (y en general de Peter Berger, con sus diferentes colaboradores ocasionales) sobre la sociedad como realidad objetiva y subjetiva, a la vez —producto de un continuo proceso dialéctico de exteriorización y objetivación, así como de internalización y subjetivación—; la teoría sobre los sistemas adaptativos complejos de Buckley, quien, mediante el concepto de *feedback* informativo, da cuenta de la diferencia de los sistemas sociales con respecto a los sistemas físicos (mecánicos) y de los sistemas biológicos (orgánicos), poniendo en claro con ello la imposibilidad de asimilar el análisis de los primeros al de estos dos últimos, y, por fin, la obra de Raymon Boudon, que introduce la separación entre sistemas *funcionales* —sistemas que pueden ser concebidos como sistemas de roles, es decir, de individuos comprometidos en relaciones complementarias— y sistemas *de interdependencia*, donde, aunque existan interrelaciones, esto no significa que se expliciten en roles complementarios; así, la aproximación funcionalista se justificaría únicamente en los casos de sistemas funcionales de roles, y sería un error analizar todos los sistemas sociales como sistemas de roles.

En cuanto a los «preceptos» que el propio Coenen-Huther, para sobrepasar el actual estado de enfrentamiento desorientado de paradigmas, ofrece como base para la reflexión general y profunda están directamente en la línea de las aportaciones que acabamos de ver:

«1) Todo proceso de interacción social debe poder ser conceptualizado a la vez como una realidad objetiva y como una realidad subjetiva (...).

2) El individuo y la sociedad no pueden ser conceptualizados como dos entidades discretas (...).

3) El orden social no puede ser comprendido más que como producto del consenso y del conflicto (...).

4) Tener en cuenta el carácter dialéctico de la realidad social hace necesario estudios genéticos o diacrónicos (...).

5) El doble carácter, objetivo y subjetivo, de la realidad social hace necesario que la libertad humana —o, si se prefiere, la auto-

mía del individuo— sea considerada como un factor constitutivo de todo esquema interpretativo (...).

6) No se puede postular un grado de organización igual en todos los sistemas sociales (...).

7) Para ser aplicable a lo social, el concepto de sistema debe responder a ciertos requisitos particulares (...).

8) El conocimiento es un elemento de toda realidad social. Esta constatación debe servir para definir el estatuto del conocimiento sociológico (...)» (pp. 182-184).

En el capítulo de conclusiones hallamos una apretada síntesis, tanto de las principales argumentaciones del libro como de las posiciones teóricas personales de su autor; de esta forma podemos leer cosas como que la producción sociológica es —como diversas formas de expresión literaria o artística— un muy particular producto sociocultural que resulta de la observación de lo social con un cierto distanciamiento, o que, si bien el funcionalismo representa una fase de fuerte profesionalización de la sociología, es, sin embargo, una aproximación parcial que tiende a poner el acento en los aspectos armoniosos y consensuales de la realidad social y debe ser siempre completada con aportaciones accionalistas y conflictivistas, así como con visiones genéticas de los procesos sociales.

Pero las consideraciones y comentarios más jugosos de este epígrafe los encontramos tanto en el punto específico como en los abundantes comentarios dispersos que Coenen-Huther dedica al diálogo entre funcionalismo y administración pública (o privada); creemos que la siguiente cita resume suficientemente y en nada traiciona las intenciones fundamentales de su autor:

«La afinidad entre aproximación funcionalista y punto de vista gestor tiene siempre como efecto favorecer una manera de conceptuar los problemas: aquella de los responsables políticos y administrativos. En esta perspectiva, la apatía política, por ejemplo, es más a menudo considerada como un fenómeno disfuncional que como una reacción adaptativa. Este tipo de definición de las situaciones se funda sobre una definición restrictiva del sistema social considerado. El sistema que sirve de cuadro de referencia en los razonamientos es el sistema tal como aparece al observador en una época dada. Sus características del momento tienden a ser presentadas como ataduras estructurales. Tal concepción concuerda bastante bien con la ideología del «realismo» profesado en los medios de *managers* públicos o privados» (p. 193).

Por fin, como colofón, una última requisitoria para buscar el acercamiento de los diferentes caminos de aproximación a la realidad social, como forma de superación del enfrentamiento entre paradigmas, enfrentamiento que ame-



naza permanentemente con fragmentar el conocimiento sociológico en vacías subculturas pseudoacadémicas. Justamente hoy, cuando finalmente se ha reconocido como un hecho establecido la pluralidad de corrientes sociológicas, «está permitido alimentar el sueño de una sociología, por fin, reconciliada con su diversidad».

\* \* \*

La obra de Coenen-Huther es una completa y bien documentada síntesis de algunos de los problemas centrales que viene suscitando históricamente la práctica sociológica, realizada con un talante que tiende a estar en la línea reflexiva de eso que se ha dado en llamar «sociología de la sociología». Es un trabajo bien planteado y magníficamente resuelto en algunos puntos claves, pero que también presenta problemas importantes en otros, si bien estos últimos no empañan para nada el apreciable valor de todo el libro.

El primer problema viene dado por la excesiva rigidez en el análisis que introduce el modelo de los dos únicos paradigmas enfrentados que propone el autor. Este elegante diseño puede servir en algunos casos para ordenar coherentemente el devenir de la historia del pensamiento social; sin embargo, también puede ocultar y confundir más de lo que puede ayudar a esclarecer otros aspectos importantes. Así, por ejemplo, si ponemos a Max Weber como el innegable pionero de la tradición comprensiva de la sociología y al funcionalismo como máximo representante de *la otra* tradición, la de los «hechos sociales» que arranca con Durkheim, entonces: ¿dónde se encuentra aquí la omnipresente huella que la obra del maestro alemán ha dejado en la sociología funcionalista, y en especial en el funcionalismo norteamericano, principal formulador de su síntesis contemporánea? ¿Es siempre el positivismo, y la obra clásica de Durkheim, la guía fundamental del funcionalismo sociológico? No es extraño que, en vista de todo esto, nuestro autor tenga dificultades agudas para colocar al mismísimo Talcott Parsons —funcionalista entre los funcionalistas, dios venerado, y luego desfenestrado, del universo académico norteamericano— en alguno de sus paradigmas, inclinándose, finalmente, por colocarlo *parcialmente* en el de la «acción social», que es precisamente el que se enfrenta al paradigma de los «hechos sociales», marco ineludible de referencia para el funcionalismo.

Siguen las dificultades. Parece difícil poder aceptar una visión del marxismo con tan poca personalidad sociológica como para no generar una tradición interpretativa común y que, en último término, sólo puede pivotar entre los dos paradigmas «mayores». Es habitual, y lo han hecho muchos autores, con razón, a mi modo de ver, oponer en su origen la sociología al socialismo, y luego, más específicamente, la sociología al materialismo histórico; con la desigual institucionalización del marxismo, dentro de la sociología más o menos académica, se instaura una corriente de pensamiento con una *configuración teórica común del universo social de referencia* y un conjunto de *herramientas metodológicas* —incluido un vocabulario— propio, y eso si vamos

a aplicar el concepto de paradigma —otra cosa es preguntarse por la pertinencia o relevancia de este concepto, en su versión kuhniiana, algo a simple vista inalcanzable a una modestísima recensión como ésta—, es un paradigma con todas las de la ley. Esto, que además ha sido reconocido por casi toda la literatura dedicada al carácter multiparadigmático de la sociología, tiene su razón de ser clara, pues aunque existan variantes profundas en la interpretación y aplicación de conceptos claves —por ejemplo, modo de producción, fuerzas productivas, relaciones de producción, plusvalía, fuerza de trabajo, clase, alienación, etc.—, es precisamente la utilización de tales conceptos, mediados por las tradiciones paralelas que se quieran (mediación lógica en cualquier herramienta teórica) lo que unifica el paradigma.

De esta forma, y para zanjar el tema, el diseño de los dos paradigmas enfrentados obliga al autor a realizar cabriolas teóricas poco justificadas (y algunas veces absolutamente gratuitas), además de abrir huecos excesivamente grandes por los que se nos marchan sin explicar demasiadas características concretas de la formación y evolución del pensamiento sociológico, huecos que en muchos casos son interpretativos, pero que en otros son literales, como resulta con la desaparición silenciosa de, por citar algunos ejemplos, el psicoanálisis, la sociolingüística, el estructuralismo, la semiología o, incluso, el conductismo. No es que queramos convertir cada escuela citada en un paradigma sociológico, cosa no inédita, por cierto; sólo apuntamos que la sociología contemporánea le debe demasiadas cosas —buenas o malas— a dichas escuelas como para procurar tenerlas en cuenta y no olvidarlas simplemente porque no se adaptan de manera clara a esas dos grandes corrientes que tanto le obsesionan a Coenen-Huther.

Otro tema que tampoco queda claro es el de la relación del funcionalismo con las prácticas sociológicas concretas dominantes, cosa que puede deberse, quizá, al carácter que tiene este libro de resumen de un trabajo anterior más amplio, ya que, como hemos dicho, sin embargo nos podemos encontrar con punzantes y acertados comentarios del muy próximo tema del diálogo entre funcionalismo y administración pública o privada. Como es bien sabido, el inolvidable Carl Wgrith Mills separó tajantemente la «gran teoría» funcionalista y el *empirismo abstracto* generador de estudios sobre actitudes, opiniones y comportamientos a partir de una metodología ultracuantitativista; este último movimiento si por algo se caracterizaba, según Mills, era por no tener detrás ninguna teoría o proposición sociológica importante —como mucho un vago conductismo no explícito—; la teoría aparecía así como el resultado acumulativo de la generalización de los estudios empíricos positivistas. De cómo se han llegado a hermanar y asociar, de hecho, estas dos visiones —hasta el punto de que muchas veces se han mostrado mutuamente complementarias— algo se ha escrito y algo, más bien poco, dice Coenen-Huther, dejando pasar de esa forma la magnífica ocasión de su libro para abordar monográficamente un asunto tan importante.

Nos queda, por fin, referirnos a un aspecto de fondo, y es éste el tipo de enfoque con el que es realizada la indagación de nuestro autor en el mundo de la sociología. Al aceptar, tácitamente, integrarse en esa corriente no muy claramente definida, que vendría a coincidir con eso que conocemos como «sociología reflexiva», o también como «sociología de la sociología», Coenen-Huther está también sufriendo, y esta vez explícitamente, una de las principales carencias de esa «corriente», y es aquella que ha definido el sociólogo sueco Göran Therborn (al hablar, entre otros, de Gouldner y Friedrichs) como la de formular una especie de *sociología sin sociedad*, o también, según la contundente expresión de Tom Bottomore (refiriéndose al mismo Gouldner), la sociología del sociólogo que se contempla su propio ombligo. En efecto, al presentarnos Coenen-Huther una evolución del pensamiento sociológico en total desconexión con los cambios, ciclos y crisis históricas —sólo encontrará el lector unas cuantas líneas de trámite dedicadas a la época que sirve de contexto al funcionalismo—, parece que la denominada crisis de la sociología actual, así como su superación, es simplemente un problema en su elaboración teórica interna; es, en suma, una crisis cultural sin relaciones con causas económicas y políticas concretas. De ahí el idealismo de las propuestas finales, parece que sólo es necesario mezclar adecuadamente una serie de aportaciones teóricas —donde curiosamente se priman todas aquellas que supongan «actualizaciones» del funcionalismo y se desdeñan, ignorándolas, aquellas otras que están situadas históricamente fuera de esa antinomia entre paradigmas— para alcanzar mágicamente el nuevo paradigma que nos solucionaría todos los problemas. Nos parece que la cosa es, desgraciada o afortunadamente, más complicada que una simple experimentación en el laboratorio de los eclecticismos que se encuentra en la trastienda de la teoría sociológica.

\* \* \*

De cualquier modo, y como ya habíamos apuntado, ninguna de estas limitaciones —al fin y al cabo todo libro, por el hecho de serlo, las tiene—, resta interés y calidad a una obra que merece atención y cuyos méritos han sido suficientemente destacados a lo largo de estas notas; nuestras objeciones, en todo caso, son un intento de utilizar el libro de Coenen-Huther como un *input* en una *retroalimentación positiva* de un *feedback* informativo; no son simples —e inútiles— reproches teóricos. Porque como todo trabajo, en este caso intelectual, hecho con honradez y decoro, esta obra siempre servirá de apoyo para asentar futuras reflexiones sobre la sociología y el oficio de sociólogo; reflexiones que jamás tendrán conclusión, ya que, si es verdad aquello que el sabio antiguo decía de que una conclusión es el lugar al que se llega cuando alguien se cansa de pensar, siempre habrá un buen libro como el que ahora acabamos de recensionar para animarnos a seguir pensando.